

Feri Lainšček²

Los intocables

El mito sobre los gitanos (fragmentos)

LA REALIDAD

Mi abuelo Jorga Mirga

Me llamo Lutvija, Lutvija Belmoldo Aus Shangkai Gav, y ahora ya sé que mi apellido es un error. El apellido del profesional en realidad fue Belmondo, *aus* no significa *conde* sino *de* en alemán, y Shangkai Gav ya hace mucho que no existe porque terminó arruinado. Dios es mi testigo de que no hice bien al rechazar el nombre de mi padre, pues Ujaš Mirga, que quizás en realidad no fue mi verdadero *dada*, por lo menos fue un buen ladrón. Bueno, Dios sabe también que esto no lo hice yo solo sino que me echó una mano la *bakst*, esa jocosa suerte gitana. Por eso no soy el único culpable. O sea que hay varios culpables. Si me pusiera a enumerarlos ahora sería como querer contar cada pelo. Además, la culpa nunca se puede medir exactamente, porque no se encuentra en el cuerpo sino en el alma – y ya sabemos cómo va lo del alma. El único en afirmar alguna vez que también el alma tiene un tipo de peso terrenal fue Šandor Czaba, comerciante de cerdos de Mali Panon, quien añadía a la báscula del cerdo matado siempre cinco kilos por «el alma entregada», y por supuesto también los cobraba. Era un chanchullero al que nunca nadie creía, por eso su palabra aquí no cuenta, aunque ya esté difunto Czaba, que Dios le perdone al menos sus pequeños pecados. Igual que ya nada cuenta para mí, excepto quizás esta confesión gitana mía, que susurraba en las noches que pasé despierto hasta el amanecer, aquí en medio de la llanura abierta junto al fuego vivo, al oído de Feri Lainšček, el señor blanco al que llamamos Čukara.

2 © Lainšček, Feri (en imprenta): Los intocables. *El mito sobre los gitanos*. Málaga: EDA libros.

A él porque nunca quiso consolarme ni juzgarme.

Y: porque es el único *gadja* que he encontrado en mi largo camino que conoce el secreto que no se puede aprender de la gente. Por que no se puede decir con palabras. Así nadie puede cotillearlo, venderlo o proclamarlo, por eso tampoco es posible comprarlo ni robarlo. Solamente te puede ser regalada la gente que lo conoce. Y tú les eres regalado a ellos como le son regalados al ojo la vista, a la oreja el oído y al corazón el amor. Es decir, que entonces eres más para el otro de lo que puedes serlo para ti mismo – esto también es parte del secreto que no nos puede explicar nadie sino que puede revelarse solamente por sí solo. O no se revela por sí solo... Porque no somos capaces de percibirlo, de ganárnoslo o porque normalmente, pues, es así... Pero cómo podría saberlo yo, un gitano común y corriente, a quien no le preocupa lo que pasa en el mundo con la gente que no es *nuestra*. Ya de por sí también hay entre nosotros suficiente prole que pulula alrededor como los gusanos ciegos sin saber de dónde viene o sin preguntarse a dónde va. Ves, y para mí esta fue la primera pregunta que por lo general recuerdo y será, muy probablemente, también la última.

Es verdad que no sé cuántos años tenía ya en aquel entonces, porque nadie me los contó y tampoco sé dónde fue, porque lo más probable es que aquel lugar yermo ni siquiera tuviera nombre, pero todavía hoy en día siento cómo se me quedó en el alma. Este camino eterno. Pero si estamos ya todo el tiempo de camino, me sobrevino, y nadie nunca me había dicho si nos estamos yendo o estamos volviendo, y todo el mundo se comportaba como si esto le importara un pepino. Aquí y allí había casas que ni siquiera podría mover una manada de caballos, de los hogares edificados salía humo, detrás de las vallas gañían los perros que vigilaban acechantes y la gente se agarraba a todo esto como garrapatas. Ya hacía tiempo que habían absorbido el olor de sus patios, las mujeres probablemente olían a flores de los bancales escardados, los hombres al aguardiente de las ciruelas demasiado maduras y los niños a la leche de las vacas criadas. Y tan solo nosotros pasábamos constantemente –ajenos, poco queridos, ofendidos– ni un poco desasosegados ni tampoco demasiado tristes, a veces tan solo dolorosamente cansados.

Como si en realidad el camino fuera nuestro hogar.

Aunque era todo menos esto.

Por eso, al pasar el tiempo, también tenía que preguntar en voz alta: «¿ Y de dónde venimos nosotros? »

O sea, que mi abuelo, que hasta la muerte estuvo completamente convencido de que veníamos de América, desvarió por el sufrimiento y la impotencia. Fue uno de los pocos rumanos Romá Kalderaš que en la segunda guerra huyó de las deportaciones a los campos de concentración ucranianos. Solamente consiguió salvar a Ujaš, hijo primogénito, que en aquel entonces tenía ocho años. Es decir que se quedó sin familia y sin nada ya a la mitad de su vida, pero también después cuando empezó de nuevo no le fue precisamente bien. Es decir que estaba convencido de que a partir de allí todos los gitanos podían ser su familia y esto al final le costó. Con el niño en la espalda estuvo dando vueltas por los páramos húngaros con los fugitivos Romá Koritar hasta que allí tomaron el poder los comunistas, que no ahogaban ni quemaban a los gitanos pero estaban firmemente convencidos de que también de ellos iban a hacer gente trabajadora. Pero qué cosa más perjudicial podrían inventarse para un cuerpo al que toda la historia humana no había sido capaz de encadenar a nada y por supuesto para su alma de pájaro que hasta él solo nunca pudo atar, sino a lo más, corría detrás de ella y la perseguía por los sitios a los que no iría ni un lujurioso a por su amante. Y por eso iba mi abuelo Jorga desnudo y descalzo, un bebé con cuarenta años, más y más hacia el oeste y empezó después a vagar por la Yugoslavia de Tito. Allí en aquel entonces no se supo qué ni cómo iba a ir la cosa, pero a los que tenían un buen olfato ya les parecía que valía la pena detenerse.

Ciertamente Tito era guapo como una paloma mensajera.

Amaba los anillos pesados y los zapatos blancos y eso era buena señal. Era uno de aquellos que pagaban por la música aunque luego no la escuchara, y a la vez había algo nuestro en él. Lo sentíamos de la misma manera que a un mestizo se le reconoce su nariz traidora hasta en la tercera generación. Tal vez éramos los únicos que entendíamos que se convirtió en el gran líder de los trabajadores solamente porque no tenía ganas de trabajar. También vimos la envidia mal escondida en los ojos de Ceausescu porque, aunque los dos hablaran de la igualdad, solamente Tito podría encenderse los habanos delante de los suyos y tomar el sol en Brioni sin que se lo tomaran a mal. Y el mundo lo respetaba también porque se hizo fotos con Sophia Loren. La única lástima es que nunca se hizo un diente de oro. Sería el diente de oro más bonito de la tierra, estoy convencido de esto. Después de su muerte podrían haberlo vendido en una subasta por mucho más dinero de lo que alguna vez hubiera valido una corona de emperador y así el país se hubiera recuperado. Pero ahora las cosas son como son. Tito no tenía que encargarse tampoco de lo que iba a suceder

después de su muerte porque al fin y al cabo no fue un Cristo de repuesto sino un comunista. Y estos no van al cielo y por eso tampoco hay que esperar que alguna vez volvieran a caer a la tierra. O por lo menos esto decía mi abuelo Jorga Mirga, que luego también se hizo comunista y por lo menos durante un tiempo intentó seguir el camino de Tito.

[...]

Traducido por Ana Fras
Revisado por Gemma Santiago Alonso y Txitxo Oliveras